



Evangelización, promoción humana y educación en valores

En ocasiones la relación entre Dios y el hombre se ha explicado en términos de separación y hasta de oposición. El autor se sitúa en otra línea, a saber, que Dios y el hombre crecen en la misma proporción; o dicho desde la perspectiva del título de este artículo: el evangelio promueve y hace crecer los valores humanos.

Martín Gelabert*

LA evangelización, la promoción humana y la educación en valores son tres coordenadas que no sólo están íntimamente relacionadas, sino también mutuamente implicadas. En efecto, el anuncio del evangelio, de la buena noticia que Jesús aporta sobre Dios y de

* Dominico. Decano de la Facultad de Teología de Valencia.

parte de Dios, comporta al mismo tiempo una determinada manera de entender lo que es el ser humano, manera que promueve la dignidad humana, al situar al hombre a un nivel insuperable y, al hacerlo, resulta también educadora en valores; o sea, el anuncio del evangelio, al promover la dignidad humana, cultiva y hace crecer lo que verdaderamente vale.

El título dado a estas reflexiones plantea de forma directa el problema de la relación entre evangelio y cultura, piedad y letras y, en definitiva, entre Dios y el hombre. O dicho con un ejemplo muy concreto: cuando en la escuela católica se promueven los valores de la tolerancia, la participación, la libertad y la solidaridad, ¿tienen algo que ver con el evangelio? ¿Se enseñan como consecuencia, más aún, como traducción, como inculturación del evangelio? ¿Pueden enseñarse independientemente del evangelio? ¿O en realidad la enseñanza de tales valores no es más que el atractivo disfraz, la excusa, para introducir otra cosa que es la que importa a los dueños del colegio, a saber, el adoctrinamiento de la ideología católica de turno? ¿Nos interesa el humanismo, o la religión? ¿Dónde ponemos realmente el acento? Mi respuesta podría sintetizarse así: nos interesa el humanismo porque somos religiosos (somos de Dios), pues en la creación Dios ha afirmado de una vez por todas a la creatura y se ha comprometido con ella hasta el punto de dárselo todo al darle la vida y desear para ella toda la felicidad.

Malentendidos de fondo

DESGRACIADAMENTE, en esta relación de lo religioso y lo humano, de Dios y el hombre, siempre aparecen, de una u otra forma, dos malentendidos que la distorsionan, y que podemos expresar con las palabras separación y oposición. La separación sería el malentendido de los creyentes y la oposición el de los no creyentes.

Primer malentendido. Separación entre Dios y el hombre, entre evangelio y promoción humana, entre religión y cultura. Una cosa es Dios y otra el hombre, una cosa es la religión y otra la cultura, una cosa es la oración y otra el dar pan, una cosa es la piedad y otra la política o los negocios. Cada uno va por su propio camino. A este malentendido se han referido los últimos Papas y antes que ellos el Concilio Vaticano II, calificándolo de grave error: «Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de determinadas obligaciones

morales. El divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (1).

De la separación entre Dios y el hombre se pasa muy naturalmente a la oposición. Dios y el hombre están separados porque en realidad se oponen. Este sería el grave malentendido y la grave acusación que la increencia lanza a los creyentes: Dios es el rival del hombre; su supremacía impide el desarrollo, la autonomía y el pleno florecimiento del ser humano; para que Dios crezca el hombre debe disminuir; para ser racional, como dio por supuesto la Ilustración, es preciso liberarse de la fe y, para ser libre, eliminar los mandamientos; el evangelio, por tanto, es enemigo del progreso, de la vida, de las alegrías, de las satisfacciones, del placer; la religión es propia de menores de edad, de gente débil, inculta; favorece el oscurantismo y la superstición. Este retrato, caricaturesco e injusto, encuentra un desgraciado fundamento en determinadas maneras de entender la religión por parte de los propios creyentes: cuando pretendemos que a Dios le agradan los sacrificios, o entendemos la moral católica como un cúmulo de mandamientos y sobre todo de prohibiciones, o cuando condenamos sin matices a la civilización y la cultura moderna, estamos favoreciendo esta manera de entender a Dios como opuesto al hombre. Ya el Vaticano II recordaba que los propios creyentes podían ser causantes del ateísmo por su inadecuada manera de exponer la doctrina cristiana (2).

Dios distinto, pero inseparable del hombre

EN la relación entre Dios y el hombre hay que evitar tanto la separación como la oposición. ¿Cuál será, pues, la línea adecuada para entender esta relación? Dos nuevas palabras la expresarían: inseparabilidad e inconfundibilidad. Dios y el hombre serían inseparables, de modo que afirmar a Dios es afirmar al hombre y a la inversa; pero también serían inconfundibles, de modo que Dios no se confunde con el hombre, ni el Reino de Dios con ninguna de las realizaciones humanas, por muy positivas que sean. Expliquemos un poco qué queremos decir con estas palabras.

Inseparabilidad: Dios no está separado de la historia, ni la salvación es

(1) *Gaudium et spes*, 43.

(2) *Gaudium et spes*, 19.

la negación de lo humano. Al contrario, Dios es un Dios de los hombres; su único objetivo, su propósito es el bien y la felicidad del hombre. El hombre está hecho para Dios y en él encuentra su meta, su verdad, su felicidad. Aunque pueda sonar extraño, cabría decir que Dios y el hombre crecen en la misma proporción, en el sentido de que Dios es glorificado y se siente feliz cuando el hombre vive, pero también es verdad que el hombre vive cuando se encuentra con Dios (San Ireneo). No puede afirmarse a Dios a costa del hombre, ni privilegiar al uno sobre el otro. Hay entre ellos una mutua precedencia: vistas las cosas desde el lado de Dios, él siempre es primero. Pero vistas desde el lado del hombre, lo primero es siempre el bienestar y la felicidad del hombre. De ahí que cuando nos referimos a Dios hay que guardar siempre un difícil equilibrio para que quede siempre clara su referencia al crecimiento del ser humano. La manifestación de Dios, lejos de negar lo humano, es el descubrimiento de lo más profundamente humano que anida en cada uno de nosotros (3).

Pero también inconfundibilidad. O sea, Dios no se confunde con el hombre. Esta segunda afirmación, mantenida conjuntamente con la primera, con la inseparabilidad, nos previene contra la tentación de confundir lo ya logrado con la perfección inasequible del Padre, que es confirmación de todo lo históricamente bueno, pero no se limita a ello. El cristiano es consciente no sólo de la caducidad de lo humano, sino también de que Dios siempre nos sorprende y nos desborda. Dios es una maravilla inesperada. Más aún, si bien es cierto que Dios actúa en todo lo verdaderamente humano (inseparabilidad) no es menos cierto que todo lo humano necesita ser iluminado por el evangelio, en ocasiones para estimular, en otras para rectificar y siempre para dejarse elevar con su suprema inspiración.

Aplicado a la relación fe-cultura, o a la relación entre evangelio y promoción humana, el principio de la inseparabilidad nos recuerda que la Iglesia puede entrar en comunión con las diversas formas de cultura, antiguas o nuevas, y que esta comunión enriquece al mismo tiempo a la propia Iglesia y a las diferentes culturas. El principio de inconfundibilidad completa lo anterior recordando que «la buena nueva de Cristo renueva constantemente la vida y la cultura del hombre caído, combate y elimina los errores y males que provienen de la seducción permanente del pecado. Purifica y eleva incesantemente la moral de los pueblos. Con las riquezas de lo alto fecunda como desde sus entrañas las cualidades espirituales y las tradiciones de cada pueblo y de cada edad, las consolida, perfecciona y restaura en Cristo» (4).

(3) *Gaudium et spes*, 41.

(4) *Gaudium et spes*, 58.

Todo esto significa que el discurso humano sobre Dios está inevitablemente marcado por la tensión. Tensión porque se hace necesario conjugar lo que aparentemente resulta inconjugable: la trascendencia divina y la inmanencia o positividad histórica, el Absoluto de Dios y su presencia en lo creado y sobre todo en el ser humano, criatura creada a imagen de Dios. Toda lectura católica del evangelio y toda presentación de la doctrina católica acerca de Dios, debe tener en cuenta esta tensión. Si la elimina no sólo resulta desequilibrante, sino posiblemente falsa. No basta, pues, con predicar el Absoluto de Dios y deducir de ahí una serie de conclusiones absolutistas (obediencia, resignación, paciencia, sentido del deber, importancia de la autoridad en la Iglesia, etc.). Tampoco se trata de convertir la predicación del evangelio en un discurso que elimina toda exigencia y no cuestiona ni critica la realidad humana del pecado y sus consecuencias. Por poner un ejemplo bien concreto, tomado de Mt 10, 38-46: no basta con acentuar: «el que ama a su padre o a su madre más que a mí (Lc 14, 26 habla de «odiar»: Mt siempre suaviza y espiritualiza) no es digno de mí», o «el que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí», deduciendo una postura rupturista entre Dios y los sentimientos humanos. Es necesario seguir leyendo y completar: «quien a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 10, 40-41).

Con todo esto estamos queriendo decir una cosa: por una parte, la evangelización no puede entenderse en clave de condenación o de sospecha, sino en clave de estímulo y de acogida; pero además, si la evangelización es siempre promoción humana y suscitadora de valores humanos, esta promoción y estos valores han de entenderse desde la clave «evangélica» (del Reino, como diremos más adelante) y, por tanto, la antropología en la que termina convirtiéndose la cristología es una antropología que asume todo lo humano, pero que también nos advierte que no cualquier cosa es «humana»: la venganza no es humana, el odio, el resentimiento, la insolidaridad, la búsqueda del propio provecho, todas estas cosas «tan humanas» no tienen nada de «humanas» a la luz del evangelio.

En suma, la relación entre lo humano y lo divino se sitúa en este difícil equilibrio: por una parte la inseparabilidad (Dios es un Dios de los hombres; nada humano es ajeno al evangelio) y por otra la inconfundibilidad (Dios siempre nos supera y nos desborda; el evangelio purifica y, en todo caso, eleva todo lo humano). Me atrevería a ofrecer una síntesis integradora de este doble polo, diciendo que se trata, en esta relación, de un Dios digno del hombre.

Un Dios digno del hombre

NO estamos muy acostumbrados a pensar a Dios digno del hombre (5). Más bien, la idea que espontáneamente nace (tanto a creyentes como a increyentes) es la de un hombre digno de Dios. Pero la revelación de Jesús rompe esta idea de un Dios exigente para revelarnos un Dios benévolo y misericordioso; más aún, un Dios que confía en el hombre y que, a pesar de todos los pesares, se mantiene siempre fiel y esperanzado.

La idea de un Dios digno del hombre rompe de raíz toda posibilidad de entenderle como distinto o como enemigo del hombre, y acentúa, por el contrario, su cercanía con el hombre. Precisamente el problema que hoy se nos plantea cuando hablamos de Dios no es tanto el de su existencia cuanto el de su presentación: ¿qué queremos decir cuando decimos Dios? ¿Qué entienden los demás cuando yo digo Dios? ¿A quién molesta o a quién favorece mi discurso sobre Dios? Cuando yo digo Dios, ¿cuántas veces no se traduce esto en un discurso aburrido, ininteligible, desilusionante, descorazonador o amenazante? Cuando yo digo Dios, ¿se trata de defender mis intereses, mi posición, mi prestigio, mi poder? También cuando yo digo Dios, convendría pensar en los buenos vasallos que serían quienes me escuchan si les presentase un buen señor. Seguro que los lectores conocen esta historia del Cid desterrado por el rey Alfonso: al entrar en Burgos, los burgaleses y burgalesas, afligidos y llorosos, lamentaban: ¡Oh Dios, qué buen vasallo si tuviese buen señor! Si el asunto de los buenos servidores depende también del señor y no sólo de la buena madera del vasallo, también el asunto de los buenos creyentes depende del Dios en el que creen y no sólo de la buena o mala voluntad de los creyentes. Porque hay dioses que llaman a conversión y otros que llaman a rebeldía o a la huida. Y ante los dioses que llaman a rebeldía no es cuestión de apelar a la obediencia, sino de cambiar al dios.

Este Dios digno del hombre contrasta con las voces que reclaman un hombre digno de Dios, una familia digna de Dios, una humanidad digna de Dios. El problema para estas voces es el hombre y no Dios. Y, sin duda, tienen su parte de razón. Pero el Dios digno del hombre nos recuerda que el problema es más amplio, más complejo, y que quizás su raíz y su comienzo se sitúa en el Dios que reciben estos hombres y mujeres. El problema, en definitiva, debe comenzar por resolver qué clase de señor es este Dios antes

(5) La expresión «un Dios digno del hombre» la tomo prestada del título de un libro de un buen amigo y colega: Josep Vidal Talens, *Un Dieu Digne de l'home*, editorial Saó, València, 1995.

de preguntarse por cómo deben ser los vasallos. Se trata de comenzar por el Dios que ama al hombre y no por el hombre obediente a Dios.

Un contraste parecido lo encontramos entre la predicación de Jesús y la de Juan el Bautista. Mientras Juan anuncia un Dios que castiga a los pecadores y exige de ellos penitencia, Jesús anuncia y ofrece un Dios favorable, compasivo, antes de que el hombre haga penitencia. Con el anuncio de Juan aparece el temor. Con la oferta gratuita de Jesús aparece la posibilidad de una verdadera conversión, de una vuelta al amor. Igualmente a un hombre digno de Dios la pregunta que le cuadra es: ¿cumples? Un Dios digno del hombre se interesa por otra pregunta decisiva y esperanzadora: ¿eres feliz?

Prolongando el misterio de la Encarnación

LA base teológica de toda esta visión que nos muestra un Dios tan humano y sobre todo tan humanizador la encontramos en el misterio de la Encarnación: en Jesús, Dios asume todo lo humano; y Jesús, precisamente por su referencia constitutiva y total a Dios, es el hombre perfecto.

El misterio de la Encarnación es la manifestación de la total solidaridad de Dios con el hombre, de la asunción de lo humano por parte de Dios, y es por tanto la negación de toda rivalidad y desencuentro entre Dios y el hombre. La Encarnación muestra una relación entre Dios y el hombre fundamentada en el amor y la intimidad, y no sólo ni principalmente en la autoridad y la causalidad. Este misterio expresa también la distancia que separa la filosofía y toda religiosidad natural del cristianismo. Platón estableció este axioma: «la divinidad no entra en contacto con el hombre» (6). San Agustín, tras haber hecho la enumeración de todas las semejanzas que encontró entre las doctrinas platónicas y las cristianas dirá: «Pero que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”, eso no lo encontré en aquellos filósofos» (7).

Esta actitud de Dios que asume lo humano real, lo humano tal cual es, una «carne semejante a la del pecado» (Rm 8, 3) manifiesta la más básica de las actitudes de Dios hacia el hombre, y que podríamos traducir como tolerancia. Tolerancia basada en el re-conocimiento del otro. También nosotros, al evangelizar, o sea, al encarnar la buena noticia de Dios en las realidades humanas, debemos partir de esta ley básica de toda encarnación, que es la

(6) *El banquete*, 203 a.

(7) *Confesiones*, VII, 9, 13-14.

tolerancia, la convicción de que el otro, al margen de su credo y condición social, es un sujeto humano digno de respeto. La tolerancia como forma de encuentro de sujetos adultos y libres, que se miran y se reconocen como tales. Mucho me temo que esta etapa tan elemental no haya sido asumida por muchos cristianos, pues en la práctica nuestra forma de mirar a los otros está cargada de desconfianza y de recelo más que de comprensión y de diálogo. La historia que tenemos detrás con los hábitos no tan lejanos de la intolerancia, del dogmatismo y de la barbarie parecen confirmar este temor. Las relaciones entre Iglesia y mundo moderno han sido en buena medida una historia de desconfianza y de mutua condena.

El misterio de la Encarnación no sólo manifiesta la asunción de lo humano por parte de Dios, sino también que en lo humano y desde lo humano es posible alcanzar a Dios. Pero, y ahí está lo significativo y paradójico, este alcanzar a Dios desde lo humano no significa una salida de lo humano, sino la plenitud de lo humano. De modo que el encuentro con Dios, hecho posible porque Dios primero se ha encontrado con el hombre, es la humanización del hombre. Cuanto más cerca está uno de Dios, tanto más humano es. Esto se realiza de forma eminente, en primer lugar, en Jesús de Nazaret. De ahí que su seguimiento es crecimiento en humanidad, permite la plena realización personal: «el que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre» (8)

En el aquí y el ahora

IMPORTA insistir en un aspecto: esta perfección de lo humano, que se alcanza en el seguimiento de Cristo, no es una promesa que se realizará en un futuro post-mortal, sino una realidad que puede darse en el aquí y el ahora.

Una palabra clave en la predicación de Jesús expresa esta perfección de lo humano, resultado del encuentro con Dios: el reino. Para expresar cuál es su proyecto de vida, para hablar de las relaciones con Dios y de la salvación, Jesús no recurre a otras expresiones existentes en el judaísmo como mundo futuro, paraíso, vida eterna. Utiliza la expresión reino de Dios. Se trata más de un símbolo que de un concepto. Es importante notarlo para no querer traducirlo en fórmulas precisas y para estar abiertos a su fuerza provocadora.

(8) *Gaudium et spes*, 41.

El Reino no es primariamente un espacio o una población, sino la soberanía de Dios que se ejerce (9). ¿Cuándo Dios reina, cuándo puede decirse que él es el soberano? Cuando se cumple su voluntad. Jesús invita a abrirse a la realidad de Dios y a su voluntad. Hoy, ahora, podemos descubrir y aceptar que estamos en manos de Dios y vivir con libertad, con confianza, cumpliendo su voluntad. Es la experiencia que llena de alegría, de descubrir a Dios como el tesoro de la propia vida, el verdadero valor; es una experiencia de libertad y todo es sacrificable en aras de este descubrimiento. El reino de Dios es como un tesoro escondido en el campo, desconocido e ignorado, pero que cuando uno lo descubre ya no puede vivir sin él y ve ese campo con unos ojos totalmente distintos. Es como la semilla enterrada, que no se ve, pero que está actuando, y en ella pone el campesino toda su esperanza ya desde el presente.

¿Cuándo se realiza el Reino? Dicho de otro modo, ¿cuál es la voluntad de Dios, cuál es su mandamiento? «Que os améis los unos a los otros como yo (=Jesús) os he amado». El otro, la referencia al otro, es clave para entender el Reino, para cumplir la voluntad de Dios, para conocer lo que realmente vale según Dios. Es también la clave para el encuentro consigo mismo, para la propia promoción, para la propia felicidad.

Este reino, que hay que vivir y traducir en función de las circunstancias de cada momento, tiene una función social y crítica, comporta un juicio sobre nuestra historia, nos llama a crear una cultura socialmente alternativa. Jesús siempre anuncia el Reino como una buena noticia para los pobres. Lo que está muy claro es que hubo sectores que sintieron este anuncio como una noticia tan mala y peligrosa que no dudaron en crucificar a su mensajero. Pobre es una situación real, pero no definida exclusivamente en términos económicos. Implica también el no tener honor, el estar estigmatizado socialmente. El Reino de Dios es la liberación de los pobres, porque implica un cambio histórico, una nueva escala de valores, una nueva cultura moral, de libertad, de confianza, de no obsesión por el mañana y por el dinero.

No es posible describir con detalle todo lo que evoca el Reino. Nos limitamos a algún ejemplo. Uno podría ser la cercanía de Jesús a los niños: «Dejad que los niños vengan a mí porque de los que son como éstos es el Reino de Dios» (Mc 10, 14). Si queremos entender el significado de esta actitud es importante superar el anacronismo. La consideración social del niño,

(9) Para las reflexiones que siguen, me ha sido de gran utilidad un folleto de Rafael Aguirre, *Aproximación actual al Jesús de la historia*, Cuadernos de Teología Deusto, núm. 5, Bilbao, 1996, sobre todo pp. 35-40.

en el mundo judío y greco-romano del tiempo de Jesús, estaba en las antipodas de la que se da hoy entre nosotros. El niño no era valioso a los ojos de Dios, porque no era capaz de cumplir la Ley. Tampoco era valioso a los ojos de los hombres porque resultaba improductivo. De ahí que era frecuente abusar de los niños, por ejemplo dedicándoles a la mendicidad o simplemente abandonándolos o criándolos para venderlos como esclavos después.

Cuando Jesús dice: «de los niños es el Reino de Dios» (Mc 10, 14) está invirtiendo radicalmente la visión de la realidad: lo que resulta valioso a los ojos de Dios no coincide necesariamente con lo valioso a los ojos de los hombres. De modo que Jesús nos invita a hacernos cargo de aquellos que no son valiosos. La invitación a hacerse como los niños es, ante todo, la llamada a la solidaridad con la marginación. Las cosas son hoy muy diferentes y en nuestra sociedad española y occidental los niños, cada vez más escasos, gozan de un gran aprecio, mientras que los ancianos —que eran los patriarcas venerados en el mundo mediterráneo del siglo I—, cada vez más numerosos en nuestros días, son el grupo social más marginado. Probablemente, las palabras que Jesús dirigió a los niños se las dirigiría hoy a los ancianos.

Otro ejemplo del cambio de valores que comporta el Reino podemos atisbarlo si nos fijamos en el valor central de la cultura mediterránea del siglo I: el honor. El honor depende de la consideración de los demás, pero cada individuo acaba interiorizándolo como el criterio de la estima que tiene de sí mismo y como la pauta a la que tiene que ajustar su vida. Jesús experimentó la máxima deshonra posible, porque la cruz era el patíbulo más infamante y vergonzoso. No vamos a entrar en ello. Tan sólo lo digo para notar que Jesús subvierte el honor, el valor central de su mundo social. Jesús critica la búsqueda por parte de los escribas del reconocimiento de su honor, que se manifiesta en sus ropajes, en el afán de ser saludados públicamente y en ocupar los primeros puestos en los banquetes y en las sinagogas (Mt 12, 38-40). Esta ideología del honor sirve para explotar a los pobres. A los ojos de Dios las personas son valoradas de forma radicalmente diferente (cf. Mc 12, 41-44: la viuda valorada por Dios). Jesús come con publicanos y pecadores, es decir, se relaciona abiertamente con gente sin honor.

El honor se refleja de modo especial en los puestos que se ocupan en los banquetes y en los actos públicos. Jesús pide que no se busquen los primeros lugares, sino los últimos (Lc 14, 7-11) y él mismo se hospeda en casa de un pecador ante los ojos de todo el mundo (Lc 19, 1-10).

Un último ejemplo. Cuando Jesús envía a sus discípulos para anunciar el Reino de Dios quiere que su actitud resulte provocativa y sacuda aquella sociedad. «No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para

el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10, 9-10). La pobreza de los enviados es tal que no deben llevar nada de dinero (ni oro, ni plata, ni cobre), ni bolsa o alforja para guardar lo que les den.

Sin duda se trata de sentirse libres y en las manos de Dios, pero hay más. Jesús les dice: «Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí» (Mt 6, 9); «no vayáis de casa en casa. En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad los enfermos que haya en ella, y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros» (Lc 10, 7-9). No se trata simplemente de que el enviado viva de limosna. Cuando el enviado es acogido y provoca la hospitalidad, cuando se abre la casa y se comparte la mesa, entonces se acepta el Reino de Dios y surge una forma nueva de relación. Por eso, el huésped enviado por Jesús anuncia y confiere la Paz a la casa que le recibe (Mt 10, 13; Lc 10, 5-6).

Es más difícil abrir la casa y compartir la mesa que dar espléndidas limosnas. Las actitudes o formas externas de los enviados de Jesús deben resultar provocativas en su sociedad y pretenden invitar a unas relaciones humanas alternativas, basadas en el don gratuito, en acoger al necesitado y al extraño, y en compartir lo más íntimo, la propia mesa. Entonces y ahora invitan a vivir de otra forma la economía, buscando una economía de reciprocidad generalizada, que tiene su imagen en el don gratuito de las relaciones fraternas.

Lo importante es encontrarse con Dios

CON este último apartado queremos decir que lo importante son los hechos, no las palabras ni las sensaciones. Dicho de otro modo, lo importante no es la conciencia y mucho menos la pseudo-conciencia o la supuesta conciencia del encuentro con Dios, sino la realidad del encuentro. Y esta realidad se da siempre en el prójimo, prolongación del misterio de la Encarnación y sacramento de Cristo. A veces tenemos la idea de que lo importante, en la fe cristiana, es el culto o la ortodoxia del lenguaje. Y por tanto que lo decisivo a la hora de inculcar valores cristianos es una catequesis en la que se aprende la doctrina. Siguiendo en esta línea nos cuesta valorar y muchas veces despreciamos aquella enseñanza que inculca valores sin referirlos explícitamente a Dios y a la religión. No se trata de que el conocimiento de los contenidos doctrinales no tenga su importancia. Se trata de situar las cosas en su justo lugar. Y, a la luz del evan-

gelio, lo verdaderamente importante es el encuentro con Dios, aunque no se tenga conciencia de ello. La parábola del juicio final que encontramos al fin del capítulo 25 del evangelio de San Mateo es muy clara al respecto: Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis. La sorpresa de unos y otros ante este criterio es mayúscula. Pero más importante que la sorpresa es la razón de este criterio: «a mí me lo hicisteis». No dice: yo estaba contento porque cumplíais mi voluntad, sino: a mí me lo hicisteis. Si «a mí me lo hicisteis» es porque yo estaba allí y allí se me podía encontrar. Dicho en la perspectiva de nuestras reflexiones: la razón de fondo que separa los valores de los antivalores es Dios mismo, pero la cuestión está en que a Dios sólo se le encuentra en el prójimo, de modo que la razón que separa el valor del antivalor es la búsqueda del bien o del mal del otro en el que, según la fe cristiana, encontramos a Dios.

El encuentro con Dios en este mundo se da en el encuentro con el prójimo, y nuestra actitud para con el prójimo equivale a nuestra actitud para con Dios mismo. De ahí que «quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve» (1 Jn 4, 20). En esta línea se encuentra también la referencia al prójimo que hace Jesús cuando pide a sus discípulos que imiten a Dios (cf. Mt 5, 43-48). Para ser perfectos como el Padre celestial es perfecto hay que amar a todos, sin discriminación alguna, pues el amor alcanza incluso a los enemigos, a aquellos que no se lo merecen, que no tienen nada de amables.

Eso no significa que la conciencia de que en el prójimo alcanzamos a Dios y la confesión explícita de Dios no sea importante, pero lo es menos que la realidad de su encuentro en el prójimo. Ahora bien, el conocer al Dios de Jesucristo añade a la realidad del encuentro un motivo de esperanza, de ilusión y, en definitiva de calidad de vida. El creyente no sólo asume los valores humanos y defiende la dignidad de la persona, sino que al hacerlo, sabe por quién lo hace y sabe también a dónde conduce en último término eso que hace. Por tanto, es posible que, en ocasiones, creyentes y no creyentes vayan por el mismo camino. La diferencia está en que el creyente sabe explícitamente quién está escondido en ese camino y a dónde conduce. Por eso puede valorarlo desde una perspectiva más profunda que, desde su punto de vista, le permite vivir con mayor alegría las satisfacciones del viaje y asumir con esperanza sus incomodidades.